

Rasgos del marco cultural secularizado

Manuel Reus Canals, SJ

Universidad de Deusto
E-mail: reus@deusto.es

Recibido: 1 de febrero de 2019
Aceptado: 17 de febrero de 2019

RESUMEN: El desarrollo de las condiciones para vivir la fe en la era secular es el propósito de la magna aportación de Charles Taylor. La influencia de este estudio es inabarcable; constituye un vector ineludible en los estudios actuales sobre esta materia. Pero se hace necesario una divulgación detallada de sus aportaciones, para poder facilitar una comprensión más cabal de la reconstrucción de Taylor. En este artículo pretendo explicar la constitución del marco inmanente, dominante en nuestra cultura occidental, tal como lo desarrolla Taylor en el capítulo 15 de su obra *A Secular Age*.

PALABRAS CLAVE: Charles Taylor; secularización; La era secular; estructuras del mundo cerrado.

Traits of the secular cultural frame

ABSTRACT: The development of the conditions for living the faith in the secular age is the purpose of Charles Taylor's great contribution. The influence of this study is inescapable; it constitutes an unavoidable vector in the current studies on this matter. But a detailed dissemination of his contribution is necessary in order to facilitate a fuller understanding of Taylor's reconstruction. In this article I intend to explain the constitution of the immanent frame, dominant in our western culture, as Taylor develops it in chapter 15 of his work *A Secular Age*.

KEYWORDS: Charles Taylor; secularization; A Secular Age; closed world structures.

1. Introducción: el marco inmanente

Charles Taylor afirma que en Occidente se ha construido el marco inmanente de la cultura por medio de factores objetivos y subje-

tivos transformando la realidad sociocultural ¹. No solo inciden los factores objetivos, sino también, en gran manera, los subjetivos

¹ C. TAYLOR, *A Secular Age*, Harvard University Press, Cambridge 2007.

vos, como son las interpretaciones sobre nuestro contexto o sobre nosotros mismos. Es un marco dominante que pretende deshacerse de un orden trascendente, se experimenta como un marco cerrado. Ante un fenómeno tan complejo, toda explicación monocausal resulta reduccionista.

Este marco surge en un contexto de desencantamiento desarrollado por la modernidad. En su cara interior supone la configuración de nuestra identidad, en que un “yo poroso” es sustituido por un “yo blindado”. Ser un sujeto blindado supone haber clausurado la porosa frontera entre el interior (el pensamiento) y el exterior (la naturaleza, lo físico). Se sustituye un cosmos habitado por espíritus y fuerzas, por un universo mecanicista. Este proceso se agudiza por otros cambios subjetivos, como son la aparición de una razón desvinculada (meramente objetivista), o las transformaciones operadas por una remodelación disciplinada del yo, así como el estrechamiento y la intensificación de la intimidad. El auge de esta identidad viene acompañado de una interiorización. Afirmamos que poseemos profundidades interiores, actitud que hoy aparece como natural y convincente.

Todos estos factores han acompañado el proceso de civilización. A

este “yo blindado” y disciplinado, en busca de intimidad, se le considera cada vez más un individuo. La sociedad hoy se considera hecha por individuos, para los individuos. La razón para incorporarse a la sociedad es alcanzar el bien de los seres humanos.

Este proceso vino, también, impulsado por el proceso de la Reforma, que busca una vida religiosa más personal. Así, en la vivencia religiosa, aflora también un individualismo de la responsabilidad. Este nuevo orden secular no se mantiene por sí solo, como ocurría con el orden cósmico, sino que es algo establecido por la acción humana. La acción constructiva es una actitud instrumental hacia el mundo.

Pues bien, la identidad blindada del individuo disciplinado se desenvuelve en un espacio social construido, en el que la racionalidad instrumental es un valor fundamental y el tiempo es obstinadamente secular. Esto es lo que constituye un “marco inmanente”. Este marco se arraiga y refuerza, mucho más, con el auge de la ciencia natural posterior a Galileo. Esta interpretación de la situación en la que nos encontramos posee como trasfondo una idea de nuestra historia: hemos alcanzado la mayoría de edad.

2. ¿Un marco inmanente abierto?

Es posible vivir, en el interior de este marco hegemónico, abiertos a la trascendencia. Encontramos ejemplos, como la “religión civil” de Estados Unidos, o en la propagación actual del pentecostalismo.

Esta apertura a la trascendencia puede surgir tanto de experiencias positivas, como negativas. Las reacciones negativas suponen un rechazo del orden moral moderno y las disciplinas e instrumentalizaciones que llevan consigo. Diversas modalidades del utilitarismo han suscitado reacciones hostiles. Se tiene una sensación de asfixia. No hay espacio para los actos de generosidad, el heroísmo o una sensibilidad superior; ni tampoco, para una auténtica entrega a la humanidad, para una ética del sacrificio más exigente.

Las experiencias positivas de apertura a la trascendencia vienen relacionadas con el bien supremo, que aparece en las dimensiones éticas o espirituales. Pero no únicamente se reduce a elementos que encajen con el marco inmanente, como es la bondad moral. También nos encontramos con elementos externos a este marco cerrado. Surgen nuevos centros de peregrinación (Lourdes, Fátima, Medjugorje) que conviven con antiguos lugares de

peregrinación. Este fenómeno debemos situarlo al interior de la corriente importante de lo “festivo”, que parece arrancarnos de lo cotidiano. Algo que encontramos, hoy, en las celebraciones masivas de todo tipo. No somos tan modernos como nos creemos.

3. Una “figura” nos mantiene cautivos

El marco inmanente está cerrado ya que considera el concepto de bien como inmanente. La sociedad que debía pretender únicamente garantizar el beneficio mutuo, se dividirá en el siglo XVI, cuando el cristianismo reclamaba una fuerte lealtad. Se percibirá a la religión como una fuerza amenazadora, ya que demandar un bien superior nos distrae o nos hace caer en el fanatismo. La idea de estar amenazado por el fanatismo es el gran estímulo para el cierre de la inmanencia. El bien humano es, en su propia esencia, sensual, terreno. Esto supone una de las fuentes más profundas de la atracción moral de la inmanencia, incluso del materialismo. Ejerce una poderosa atracción la idea de que vivimos en un orden de naturaleza.

Una vertiente de esta atracción por la inmanencia es el sentido de pertenencia, el de formar parte de nuestra tierra natal. Pertene-

ceмос a la tierra. Otra faceta de esta misma sensación de pertenencia es nuestro asombro ante el hecho de que algo como nosotros pudiera surgir de una naturaleza inferior. Un proceso misterioso. Estas paradojas introducen una tensión en el discurso materialista porque, por una parte, quiere subrayar que no hay ningún misterio, en la naturaleza, interpretada científicamente. Pero, por otra parte, muchos perciben en la naturaleza inanimada un marcado halo de misterio, antes de la génesis de la mente.

En el rechazo naturalista de lo trascendente se aprecia la perspectiva ética que promueve el cierre del marco inmanente. Aunque muchos se sientan incómodos en el interior del orden moderno, con sus disciplinas y su razón instrumental, que les lleva a abrirse a lo trascendente, hay quien se puede sentir cómodo y apto dentro de ese mismo orden. La objetivación del mundo moderno nos da cierta sensación de poder y de control, que se intensifica con cada victoria de la razón instrumental. El éxito colosal, de la moderna ciencia natural y las tecnologías asociadas, puede llevarnos a sentir que ese orden es capaz de desentrañar todos los misterios. La religión no sólo amenaza este objetivo con su fanatismo, sino que debilita la razón.

Nos encontramos, pues, con la posibilidad de transitar dos caminos con estos motivos de las posiciones enfrentadas. De aquí aflora el percibir lo trascendente como una amenaza, o un obstáculo para nuestro bien supremo, o bien podemos interpretar que responde a nuestras ansias, necesidades y realización más profunda del bien. ¿La religión constituye una amenaza o una promesa? No todo el mundo escoge uno de estos dos caminos.

El marco inmanente no es un conjunto de creencias que sostenemos acerca de nuestra situación, sino que más bien, es el contexto percibido en el que desarrollamos nuestras creencias. Las actitudes sobre si el marco inmanente está abierto o cerrado, constituyen un entorno de actuación incuestionado. Tenemos lo que Wittgenstein denomina una "figura", un trasfondo de nuestro pensamiento, que suele quedar sin formular, y en el que imaginamos que no tiene alternativas. Una "figura" nos tiene cautivos. Estamos atrapados en figuras, incapaces de imaginar una alternativa. La alternativa sería sentirnos capaces de ver que hay otra manera de construir las cosas.

La situación en el Occidente actual no se caracteriza solo por el marco inmanente, sino también por imágenes más específicas, que suelen

ser dominantes en determinados entornos, según el cual el marco inmanente se ha trenzado con formas de apertura o de cierre. El trenzado cerrado, que es hegemónico en la universidad, es un ejemplo pertinente. Como también lo es en el mundo juvenil.

4. Dos “trenzados” al interior del marco dominante

Taylor distingue dentro del marco inmanente dos trenzados igualmente posibles, abierto y cerrado. Para los que defienden la interpretación cerrada, solo hay una lectura posible, la obvia y natural. Considerar esta lectura como la natural, subraya la fuerza dominante de la secularización, la opinión de que la modernidad debe traer aparejada la secularidad. Frente a esta interpretación se sitúa Taylor.

El marco inmanente permite realizar dos lecturas, un marco abierto o cerrado, sin forzarnos a adoptar ninguna de las dos. Ambos caminos exigen un salto de fe². Adoptar un camino u otro viene de nuestra actitud general hacia la vida humana y su entorno. No es una posición arbitraria. No se trata de razones, se parece a un palpito o un presentimiento. Es una con-

fianza anticipada, en ese sentido es un salto de fe, que describe el contenido de nuestra posición.

Denomina “trenzado” a una forma de convencerse a uno mismo que la interpretación que uno hace es obvia, convincente y que no ampara reparos. Es decir, su concepto de trenzado lleva consigo que el pensamiento esta ensombrecido o entorpecido por una imagen vigorosa que nos impide ver aspectos importantes de la realidad. Los que piensan en la interpretación cerrada padecen este tipo de discapacidad. También la padecen los que piensan que la interpretación abierta es evidente, como que la existencia de Dios se puede demostrar.

La fuerza del trenzado secularista se entiende desde las Estructuras del Mundo Cerrado (EMC), mecanismos, que no se reconocen como tales, para restringir nuestra captación de las cosas. El mantener que el marco inmanente exige la ausencia de Dios viene de confundir el vivir en un mundo “desencantado” con el fin de la religión. Algo que se confunde muy a menudo. El encantamiento es esencial para algunas formas de religión; pero otras, en especial las del cristianismo reformado moderno, tanto católico como protestante, se han forjado sobre

² Aquí no entendemos la fe en el sentido de la religión teísta.

la negación parcial o total del encantamiento.

Tanto en el cristianismo moderno como en la ética contemporánea se dan unos procesos de “excarnación”. En la transformación de la vida religiosa abandonamos los rasgos de “encarnación”, donde lo sagrado se experimentaba en el ritual, la peregrinación, etc., hacia otra en que se encuentra más en la “mente”, donde el vínculo con Dios pasa más bien a través de nuestro respaldo a interpretaciones en disputa, como definir nuestra identidad política en términos religiosos, o tener a Dios como fuente moral que sustenta nuestra vida ética. También hay que considerar que, siempre, ha habido rebeliones en el ámbito de la religiosidad popular. Hoy se observa la persistente fuerza de la peregrinación, de lo “festivo”. En la práctica cristiana contemporánea siguen teniendo importancia las “obras de misericordia corporales”.

La cuestión es si nuestra relación con lo supremo, Dios para los creyentes, o la moral general para los ilustrados no creyentes, está medida en forma corporal. La cuestión es hasta qué punto nuestros más altos deseos, los que nos permiten discernir lo más elevado, están encarnados, como lo está claramente la piedad recogida en

el término del Nuevo Testamento: compasión.

Si observamos la ética ilustrada actual sufre un proceso parecido. Hay una parte humeana que reserva en la ética un lugar para los sentimientos, pero no le asigna ningún poder para discernir su buen uso del mal uso. La corriente kantiana deriva nuestras obligaciones morales de las consideraciones que somos agentes racionales puros. La cultura ilustrada moderna está muy orientada a la teoría. Tendemos a vivir en el interior de nuestra cabeza, confiando en nuestro entendimiento desvinculado de la experiencia de la belleza, incluso de la experiencia de lo ético.

El marco inmanente no es neutral. Vivir en este marco es ser empujado ligeramente en una dirección, más que en otra. Es un marco que ha aparecido a través de determinadas prácticas e intuiciones teóricas. Este sesgo se ha configurado al hacernos ver que nosotros mismos vivimos en órdenes impersonales. Vivir en el seno de este marco nos empuja a adoptar la perspectiva cerrada. La idea de que el cierre es obvio, no es una percepción con fundamento racional, sino una ilusión de lo que Taylor denomina trenzado.

5. Las estructuras del mundo cerrado

Nos encontramos en una sociedad en la que cada vez más personas cambian de posición. Hoy las personas se sienten perplejas, reciben presiones contrapuestas o han conformado una posición intermedia. Taylor no describe los mundos en su totalidad, sino las estructuras del mundo cerrado. Las EMC nacen en el seno del marco inmanente, pero imprimen en él determinadas imágenes profundas.

Pone el ejemplo de la epistemología moderna. El conocimiento del yo y sus estados, es anterior al conocimiento de la realidad externa y de los demás. El conocimiento de la realidad como un dato neutro precede al hecho de que le atribuyamos diferentes valores y significaciones. Conozco el mundo a través de mis representaciones. Esta epistemología fue refutada por Heidegger y Merleau-Ponty, nuestra comprensión del mundo no consiste simplemente en que mantengamos representaciones interiores de la realidad exterior. Formamos parte de una acción social.

La imagen epistemológica parece problemática. Desde la deconstrucción, se trata de una ceguera autoimpuesta. Una teoría potente que postulaba la primacía de

lo individual, lo neutral y lo intramental, como *locus* de certeza, talló la experiencia hasta darle forma. Aquí hay una ética de la independencia, del autocontrol, de la responsabilidad, de una desvinculación. Una posición que requiere valentía, el rechazo a consuelos fáciles. Pero la neutralidad de las EMC resulta falsa. Esta naturalización emerge mediante esa especie de narración que ofrece de su génesis, una “historia de sustracción”.

Podemos considerar otra EMC más rica, la “muerte de Dios”. Las condiciones son las entregas de la ciencia y la forma de la experiencia moral contemporánea. Para el no creyente, el mundo real es indiferente a nosotros, es peligroso. El mundo providencial es tranquilizador, también aparta de nuestros hombros la carga de evaluar las cosas. Los significados de las cosas ya están dados. La vida es dura y es capaz de engañarte para pensar que tienes algún significado cálido y confuso, lo que resulta enormemente reconfortante. Pero solo es un cuento que nos contamos. La religión emana de una infantil falta de valentía. La ciencia, lo que critica es la pusilanimidad. El no creyente tiene la valentía de adoptar una actitud adulta y afrontar la realidad. Pero, el argumento de la ciencia moderna sobre el materialismo generalizado parece poco

convinciente. En la labor de los científicos también funcionan pre-suposiciones. Es la historia oficial, que no es la historia real. Una perspectiva moral dio paso a otra.

Triunfó otro modelo de lo que era superior. Esta construcción de nuestra situación ética, en su conjunto, pasa a ser plausible. La atracción ejercida por el nuevo ideal moral solo es una parte de ello. Resultó crucial la transformación de la interpretación de nuestras motivaciones, en las que el deseo de creer aparece ahora como una tentación infantil.

Sin embargo, se hace pasar una decisión como un descubrimiento, que en realidad es una nueva construcción, un cambio que comporta una nueva idea de nuestra identidad y del lugar que ocupamos en el mundo. Lo que antes era una mera construcción entre otras muchas, se degrada al nivel de una "figura", pasa a formar parte del trasfondo no cuestionado, algo cuya forma no se percibe, pero que condiciona la forma de pensar, inferir, experimentar y procesar nuestras argumentaciones.

Este relato de la "figura" que nos mantiene cautivos puede ser convincente si se aplica a quienes se encuentran en el interior de una cultura consolidada de ateísmo. Mientras estas construcciones-marco esenciales sigan siendo imá-

genes, no se pueden cuestionar. Es imposible imaginar alternativas a ellas. Esto es lo que significa permanecer cautivo. Dentro del marco inmanente se puede vivir de muchas formas. Algunas están abiertas a la trascendencia y otras se inclinan por el cierre. Dentro de una imagen que somos incapaces de impugnar.

6. Un relato de sustracción erróneo

Los argumentos procedentes de la ciencia natural sobre la ausencia de Dios no son convincentes. ¿Por qué somos absorbidos con tanta facilidad en argumentos inválidos? Por la atracción de una concepción general de la agencia cargada de tintes éticos. Los individuos humanos se unen a sociedades basadas en el beneficio mutuo y son capaces de comprender la Naturaleza mediante el uso de la razón desvinculada.

Si los argumentos no son concluyentes, ¿por qué parecen tan convincentes? La fuerza del materialismo se explica en términos de un determinado paquete, que combina el materialismo con una perspectiva moral, un humanismo ateo. Lo que le confiere fuerza es la razón desvinculada. El punto de partida es la perspectiva ética de la era moderna.

Nuestra vida pública en las sociedades seculares se ocupa en exclusiva de bienes humanos. El horizonte de la fe desaparece paulatinamente. Esta imagen de confrontación de la fe con la modernidad viene influida por una veta de hostilidad cristiana hacia el mundo humanista.

Es una explicación inadecuada de la modernidad, que se explica por la negación de lo que le precedía. Lo que se elimina es una posibilidad de que la modernidad occidental se sostuviera mediante su propia concepción espiritual original. Pero esta posibilidad es de hecho la realidad.

A las sociedades modernas les preocupa el bien humano. Pero el hecho de que quede solo con las preocupaciones humanas no me obliga a adoptar el bienestar humano universal como mi propio objetivo. Ni tampoco me dice que lo importante sea la libertad, la realización personal o la igualdad. Las demandas auténticamente exigentes de justicia universal y benevolencia, que caracterizan al humanismo moderno, no se pueden explicar sin más mediante la sustracción de objetivos y lealtades anteriores.

Esta historia de sustracción está profundamente arraigada en la conciencia humanista moderna. La excesiva confianza en una historia

de sustracción hace que este tipo de relato otorgue demasiada importancia a las transformaciones de la creencia, en contraposición a las sufridas por la experiencia y la sensibilidad. La historia de sustracción concede demasiado poco espacio a los cambios culturales obrados por la modernidad occidental, no consigue apreciar lo innovadores que hemos sido.

Nuestras nuevas formas de experimentar el mundo y la condición humana, como sujetos autónomos, como seres que pueden deleitarse en la elección, como ciudadanos entre otros ciudadanos en un pueblo soberano, como seres potencialmente al mando de la historia... todos estos elementos, y otros, son comprensibles si los entendemos en el contexto de las grandes transformaciones culturales, las nuevas interpretaciones del yo, la agencia, el tiempo y la sociedad que la modernidad occidental ha generado. Al ignorar todas estas transformaciones, una historia de sustracción dificulta concebir los cambios de la experiencia humana.

La narración de la explicación de la secularidad moderna está muy implantada en la cultura humanista moderna. Tiende a presentar cuatro facetas interconectadas. La tesis de la muerte de Dios; cierta historia de sustracción sobre el

auge del humanismo moderno; una visión sobre las razones originales de la creencia religiosa, y en su lugar, de las motivaciones eternas que, supuestamente, fundamentan la historia de sustracción. En cuarto lugar, todo emana de una perspectiva de la secularización moderna entendida principalmente como una recesión de la religión ante la ciencia, la tecnología y la racionalidad.

Taylor presenta una imagen distinta. Hay alguna verdad fenoménica en el relato de la muerte de Dios. Pero la muerte de Dios no es sólo una explicación errónea de la secularidad moderna desde un plano teórico, también es una forma de que nos veamos tentados a interpretar, y por tanto experimentar, la condición moderna.

7. Nuestra condición política y social

Este relato de madurez y sustracción descrito es un relato poderoso hoy, pero es más rico. Otras dos facetas en dos narraciones muy difundidas, que han alcanzado el grado de dato del sentido común no cuestionado, se han convertido en "figuras", en el sentido de Wittgenstein.

Abordamos la que afecta a nuestra condición política y social. Nues-

tra pertenencia a la sociedad se ha desconectado de las diferentes redes, como la del parentesco. No es que no existan, sino que el imaginario moderno considera que están desvinculadas de la pertenencia social en el plano de la nación, o de la economía, o de la esfera pública. La explicación real de la transición, tal como se ha experimentado, suele ser la historia de un fabuloso entusiasmo moral ante un descubrimiento, ante una liberación de un mundo angosto, de relaciones próximas, claustrofóbicas.

El ejemplo paradigmático de la Revolución Francesa se repite hasta hoy. El último gran movimiento en Occidente ha sido en los años 60 y 70 del siglo pasado. Se trataba de abandonar las distinciones e ingresar en un nuevo espacio de libertad e igualdad. Si nos fijamos en esta poderosa atracción moral de un espacio fraterno nuevo, encontramos algo que tiene amplias resonancias en la historia humana. Los seguidores de Buda, de Cristo y del islam, perseguían este mismo objetivo.

La fuerza que este tipo de movimiento parece tener para nosotros como especie, indica algo importante acerca de nosotros mismos. Esta fuerza no se puede explicar únicamente mediante un movimiento negativo, sino por la atrac-

ción positiva del espacio en el que somos liberados: el espacio de la búsqueda de la Ilustración, de salvación, de sumisión a Dios. La mezcla de la agencia y la justicia es lo que explica la fuerza moral de los nuevos espacios.

La historia de sustracción sostendría que, desde siempre, comparamos estas intuiciones, solo que estaban anuladas y marginadas por diversas doctrinas metafísicas y religiones históricas que respaldaban la jerarquía y el gobierno de la élite. Pero esto no es lo que sucedió. Era necesario crear un nuevo tipo de espacio, algo atrayente combinado con el poder y la justicia. El intento de comprender el auge de la modernidad únicamente en términos de sustracción, sin tener en cuenta la creación nueva, es una distorsión grave.

En el nuevo orden encontramos cuatro puntos de referencia, la libertad, el poder, el beneficio mutuo y la razón. Su consecución pretende ser algo demostrable. La interpretación secularista no es una interpretación más, pero tampoco es la única historia. Se considera una "figura", con una apariencia obvia e inobjetable. La asunción de esta faceta muestra cómo una vez que se ha adoptado un giro secularista, esta historia antirreligiosa tiene toda la fuerza y el poder moral que lleva consigo

la inauguración de estos espacios de sociabilidad ciudadana.

8. Narraciones de autoacreditación

Otra faceta de esta narración de la secularización es la de la autonomía. La línea argumental: en un principio los seres humanos adoptaron sus normas y valores de una autoridad exterior a sí misma, Dios. Luego repararon que tenían que establecer ellos mismos sus normas y valores basándose en su propia autoridad. Llegan a determinar los valores últimos mediante los cuales viven. Esto requiere un acto de valentía. Así, se generaliza este concepto de autoacreditación. De la infancia a la adultez, ascendemos hasta el lugar en que somos capaces de acreditarnos a nosotros mismos.

Con Camus tenemos la clara sensación que esta acreditación de nosotros mismos se produce frente a un universo que guarda silencio y es indiferente y que vence a toda tentativa de encontrar significado en él. Es sede del absurdo. Camus habla de honor. Pero esto no es todo. Es una lucha que perderemos en última instancia, pero que permite obtener muchas victorias provisionales. Éstas son lo único que tenemos, no deberíamos derrocharlo.

Sabemos que no hay causas victoriosas, sino las causas perdidas, que exigen un alma entera, tanto en su derrota como en sus victorias pasajeras. Esta rebelión le restituye su grandeza. Aquí hay una idea valiente. Estar absolutamente comprometido con lo concreto, aun ante la incertidumbre de la derrota.

Nietzsche concibió otra especie de autoacreditación que rechaza el beneficio universal, el igualitarismo y la democracia. Otro grado de radicalidad. Es un rechazo frontal, de donde nace un estimulante sentido de la libertad, el poder y la belleza.

Así la narración de autoacreditación puede contarse en muchos registros distintos, algunos muy radicales. Pero la historia se suele narrar como que somos la única agencia autorizada que queda. La autoacreditación se entiende simplemente como un rasgo axiomático de la modernidad. Las personas que suscriben esta orientación raras veces habitan una EMC, reconocen que ofrece una interpretación de la condición humana entre otras muchas.

¿Cuánta coherencia alberga esta concepción? Estos criterios están arraigados en lo que somos, in-

cluso en la naturaleza humana, es preciso perseguirlos, descubrirlos y definirlos mejor, no solo respaldarlos. ¿Quién ha decretado que las transformaciones que podemos esperar, y por las que debemos esforzarnos en la vida, se circunscriban a las que se pueden desarrollar en un universo sin sentido, carente de una fuente trascendente? Las narraciones de la autoacreditación distan mucho de ser evidentes.

9. Conclusión

El relato oficial requiere ser reinterpretado. Podemos sentirnos en un espacio abierto, donde se puede sentir la atracción en ambas direcciones. La experiencia de este espacio presenta muchas variantes. Pero nos atenemos a dos. La primera es la habitual, opta por el universo impersonal, aunque muchas veces se sienta nostalgia de lo rechazado. La segunda versión es lo que experimentan aquellos cuyas tendencias los conducen hacia algún tipo de búsqueda de sentido espiritual o hacia Dios. La vindicación de la fe no es completa, por eso la confianza debe ser siempre anticipada. La lucha por la creencia nunca se ha ganado definitivamente. ■